

Quien dos pasos del otro se aventaja
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso,
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoja presuroso

Por correr, y no puede menearse:
Así estos á gran priesa á los caballos
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
Sigue el alcance, y siempre los aqueja;
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,
Que de su furia un poco mas se aleja;
Quién la adarga abandona, quién la lanza,
Quién de cansado el propio cuerpo deja,
Y así la vencedora gente brava
La fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atrás venia,
Ninguno, aunque sea amigo, le socorre,
De espacio el mas ligero se movia,
Quien el caballo trota, mucho corre:
El cansancio y la sed los afligia;
Mas Dios, que en el mayor peligro acorre,
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,
Segun en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destroz y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
A do el temor jamás halló posada,
Temor que honrosa muerte nos desvia
Por una vida infame y deshonrada:
En los peligros grandes la osadia
Merece ser de todos estimada,
El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
Los cansados caballos agujando;
Pues tanto de temor se apresuraban
Que les daremos crédito aun callando:
Con los prestos calcaños lo afirmaban,
Con piernas, brazos, cuerpo ijadeando;
Tambien los araucanos sin aliento,
La furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
En el largo y veloz curso aflojaron,
Y por el gran teson desalentados
Á seis leguas de alcance los dejaron:
Los nuestros del temor mas aguijados,
Al entrar de la noche se hallaron
En la extrema ribera de Biobío
A donde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
De una gruesa cadena á un viejo pino,
Los mas heridos dentro se metieron
Abriendo por las aguas el camino:

Y los demás con ánimo atendieron
Hasta que el esperado barco vino,
Y con la diligencia comenzada,
Á la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cuál llegarían
Del trabajo y heridas maltratados;
Algunos casi rostros no traían,
Otros los traen de golpes levantados:
Del infierno parece que salían,
No hablan, ni responden elevados,
Á todos con los ojos rodeaban,
Y mas callando el daño declaraban.

Después que dió el cansancio y torpe espanto
Licencia de decir lo que pasaba,
Dejando el pueblo atónito ya cuanto,
Súbito en triste tono levantaba
Un alboroto y doloroso llanto,
Que el gran desastre mas solemnizaba,
Y al son discorde y áspera armonía
La casa mas vecina respondía.

Quién llora el muerto padre, quién marido,
Quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos,
Mujeres, como locas sin sentido,
Ansiosas tuercen las hermosas manos:
Con el fresco dolor crece el gemido,
Y los protestos de accidente vanos,
Los niños abrazados con las madres
Preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
Las voces y clamores esforzados
Los muertos que murieron peleando,
Y aquellos infelices despeñados:
Mozas, casadas, viudas lamentando,
Puestas las manos y ojos levantados
Piden á Dios para dolor tan fuerte
El último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
Al son de dolorosos instrumentos;
Mas el día venido se atajaban
Con otro mayor mal estos lamentos,
Diciendo que á gran furia se acercaban
Los araucanos bárbaros, sangrientos,
En una mano hierro, en otra fuego,

Sobre el pueblo español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando,
Torpes y rudas lenguas desataba,
Las cosas de Lautaro acrecentando,
Los enemigos ánimos menguaba;
Que ya cada español casi temblando,
Dando fuerza á la fama, levantaba
Al mas flaco araucano hasta el cielo,
Derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse
Y la triste ciudad desamparalla,
Diciendo que no pueden sustentarse
Contra los enemigos en batalla:
Corrillos comenzaban á formarse,
La voz comun aprueba el despoblalla;
Algunos con razones importantes
Reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas
Del temor y el amor de la hacienda;
La poca gente, muertes y heridas
Dicen que la ciudad no se defienda;
Las haciendas y rentas adquiridas
Al liberal temor cogen la rienda;
Mas luego se esforzó y creció de modo,
Que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
Desamparar el pueblo y propio nido,
El temeroso vulgo aun no lo entiende;
Mas tiende oreja atenta á aquel ruido,
Visto el público trato, mas no atiende,
Que súbito, alterado y removido
De nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
Poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando
La venida del bárbaro guerrero;
Quién aguija á la silla procurando
Cincharla en el caballo mas ligero:
Las encerradas virgenes llorando
Por las calles sin manto, ni escudero,
Atónitas de acá y de allá, perdidas,
Á las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas
Que las queridas madres apartadas,

Balando van perdidas presurosas
 Haciendo en poco espacio mil paradas,
 Ponen oreja atenta á todas cosas,
 Corren aquí y allí desatinadas:
 Así las tiernas vírgenes llorando
 Á voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
 El llanto, la afliccion y el alarido;
 Tal vez ¡ay! que de súbito enmudece,
 Reduciendo el sentir solo al oido;
 Cualquier sombra Lautaro les parece,
 Su rigurosa voz cualquier ruido,
 Alzan la grito y corren, no sabiendo
 Mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oír bien lastimosa
 Los suspiros, clamores y lamento,
 Haciéndolos mayores cualquier cosa
 Que trae de nuevo el miedo por el viento:
 Desampara la turba temerosa
 Sus casas, posesion y heredamiento,
 Sedas, tapices, camas, recamados,
 Tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas, requiriendo
 Que no sea la ciudad desamparada,
 Responde el principal: «Yo no lo entiendo,
 Ni de mi voluntad soy parte en nada;»
 Pero el temor un viejo posponiendo
 Les dice: «Gente vil, acobardada,
 Deshonra del honor y ser de España,
 ¿Qué es esto, dónde vais, quién os engaña?»

No fué esta correccion de algun provecho
 Ni otras cosas que el viejo les decia;
 Muestran todos hacerse á su despecho,
 Y van al que mas corre ya la via;
 Es justo que la fama cante un hecho
 Digno de celebrarse hasta en el dia
 Que cese la memoria por la pluma,
 Y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama
 Noble, discreta, valerosa, osada,
 Es aquella que alcanza tanta fama
 En tiempo que á los hombres es negada:
 Estando enferma y flaca en una cama,

Siente el grande alboroto; y esforzada,
 Asiendo de una espada y un escudo,
 Salió trás los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
 Volviendo atrás los rostros afligidos
 A las casas y tierras que dejaban,
 Oyendo de gallinas mil graznidos,
 Los gatos con voz hórrida maullaban,
 Perros daban tristísimos aullidos:
 Prógne con la turbada Filomena
 Mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor doña Mencía,
 Que dello daba indicio y muestra clara,
 Con la espada desnuda lo impedia,
 Y en medio de la cuesta y dellos pára,
 El rostro á la ciudad vuelto decia:
 «¡Oh valiente nacion, á quien tan cara
 Cuesta la tierra y opinion ganada
 Por el rigor y filo de la espada!

«Decidme ¿qué es de aquella fortaleza,
 Que contra los que así temeis mostrastes?
 ¿Qué es de aquel alto punto y la grandeza
 De la inmortalidad á que aspirastes?
 ¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza
 Y el natural valor de que os preciastes?
 ¿Adónde vais, cuitados de vosotros,
 Que no viene ninguno tras nosotros?

«¡Oh cuántas veces fuistes imputados
 De impacientes, altivos, temerarios,
 En los casos dudosos arrojados,
 Sin atender á medios necesarios;
 Y os vimos en el yugo traer domados
 Tan gran número y copia de adversarios,
 Y emprender y acabar empresas tales
 Que distes á entender ser inmortales!

«Volved á vuestro pueblo ojos piadosos
 Por vos de sus cimientos levantado,
 Mirad los campos fértiles, viciosos,
 Que os tienen su tributo aparejado;
 Las ricas minas y los caudalosos
 Rios de arenas de oro, y el ganado
 Que ya de cerro en cerro anda perdido
 Buscando á su pastor desconocido.

«Hasta los animales, que carecen
De vuestro racional entendimiento,
Usando de razon, se condolecen
Y muestran doloroso sentimiento:
Los duros corazones se enternecen
No usados á sentir, y por el viento
Las fieras la gran lástima derraman,
Y en voz casi formada nos infaman.

«Dejais quietud, hacienda y vida honrosa
De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
Por ir á casa ajena embarazosa
A do tendremos mísera acogida:
¿Qué cosa puede haber mas afrentosa,
Que ser huésped toda nuestra vida?
Volved, que á los honrados vida honrada
Les conviene, ó la muerte acelerada.

«Volved, no vais así desa manera,
Ni del temor os deis tan por amigos,
Que yo me ofrezco aquí, que la primera
Me arrojaré en los hierros enemigos:
Haré yo esta palabra verdadera,
Y vosotros sereis dello testigos,
Volved, volved!» gritaba; pero en vano,
Que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado
Que piensa reducir con persuasiones
Al hijo del propósito dañado,
Y está alegando en vano mil razones,
Que el hijo incorregible y obstinado
Le importunan y cansan los sermones:
Así al temor la gente ya entregada
No sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza
Por las sienas la Jáculo serpiente
Sin perder de su vuelo ligereza,
Llevándole la vida juntamente,
Como la odiosa plática y braveza
De la dama de Nidos por la gente;
Pues apenas entró por un oído
Cuando ya por el otro habia salido.

Sin escuchar la plática del todo,
Llevados de su antojo caminaban;
Mujeres sin chapines por el lodo

A gran priesa las faldas arrastraban:
Fueron doce jornadas deste modo,
á Mapochó al fin dellas arribaban.
Lautaro que se siente descansado
Me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
Pues él no se descuida en nuestro daño,
Y adonde le dejamos volveremos,
Que fué donde dejó el alcance extraño.
En muy poco papel resumiremos
Un gran proceso y término tamaño,
Que fuera necesario larga historia
Para ponerlo extenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
Me detendré lo menos que padiere,
Y las cosas menudas de pasada
Tocaré lo mejor que yo supiere;
Pido que atenta oreja me sea dada,
Que el cuento es grave y atencion requiere,
Para que con curiosa y fácil pluma
Los hechos destes bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado,
Volviendo al hijo de Pillan gozoso,
Que atrás un largo trecho habia quedado
Mas por autoridad que de medroso,
Al general despachan un soldado,
Alojándose el campo en el gracioso
Valle de Talcamábida importante,
De pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia
La estancia y heredad en aquel valle,
Halló un indio cristiano por la via;
Pero no se preciando de matalle,
Prisionero á su casa le traia,
Y comienza en tal modo á razonalle:
«La vida, ¡oh miserable! quiero darte,
Aunque no la mereces por tu parte.

«Pues que ya que á la guerra tú venias
Gozando del honor de los guerreros,
¿Por qué con las mujeres te escondias
Viendo á hierro morir tus compañeros?
Mujer debes de ser, pues que temias
Tanto de alguna espada los aceros:

Y así quiero que tengas el oficio
En todo lo que toca á mi servicio.»

Mandó que del oficio se encargase
Que á la mujer honesta es permitido,
Y la posada y cena concertase
En tanto que del sueño convencido
Los fatigados miembros recrease;
Y habiéndose á su cama recogido,
Al mundo el sol dos vueltas habia dado,
Y no habia el araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
Como si de mil años fuera muerto,
Hasta que el claro sol dió luz al mundo
A la vuelta tercera, que despierto
Pidió la usada ropa, y lo segundo
Si estaba la comida ya en concierto;
El diligente siervo respondia,
Que despues de guisada estaba fria.

Diciéndole tambien cómo habia estado
Cincuenta horas de término en el lecho
Del trabajo y manjares olvidado,
Con todo lo demás que se habia hecho,
Y que el comer estaba aparejado
Si del sueño se hallaba satisfecho.
El bárbaro responde: «No me espanto
De haber sin despertar dormido tanto;

«Que el cuidadoso Lautaro apercebido
Por hacer desear vuestra llegada,
La gente en escuadrones ha tenido
Con tanta disciplina castigada,
Que aun el sentarnos era defendido
En acabando Apolo su jornada,
Hasta que ya los rayos de su lumbre
Nos daban de la vuelta certidumbre.

«Si alguno de su puesto se movia,
Sin esperar descargo le empalaba,
Y aquel que de cansado se dormia,
En medio de dos picas le colgaba:
Quien cortaba una espiga, allí moria,
Demás de la ración que se le daba:
Con órdenes estrechas y precetos
Nos tuvo, como digo, así sujetos.

«Desta suerte estuvimos los soldados

Mas de catorce noches aguardando,
Las picas altas, á ellas arrimados,
Vuestra tarda venida deseando:
Del sueño y del cansancio quebrantados,
Pasando gran trabajo, hasta cuando
Supimos que llegábades ya junto,
Que nos quitó el cansancio en aquel punto.»

Viendo el silencio que en el valle habia,
Le pregunta si el campo era partido;
El mozo dice: «Ayer antes del dia
Salió de aquí con súbito ruido:
Afirmarte la causa no sabria,
Aunque por claras muestras he entendido
Que la ciudad de Penco torreada
Era del español desamparada.»

Así era la verdad, que caminado
Habian los escuadrones vencedores
Hácia el pueblo español desamparado
De los inadvertidos moradores:
La codicia del robo y el cuidado
Les puso espuelas y ánimos mayores;
Siete leguas del valle á Penco habia,
Y arribaron en solo medio dia.

A vista de las casas, ya la gente
Se reparte por todos los caminos,
Porque el saco del pueblo sea igualmente
Lleno de ropa y falto de vecinos:
Apenas la señal del partir siente,
Cuando cual negra banda de estorninos
Que se abate al monton del blanco trigo,
Baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
El presto asalto y fiera arremetida
De la bárbara furia, que descende
Con alto estruendo y con veloz corrida;
El menos codicioso allí pretende
La casa mas copiosa y bastecida:
Vienen de gran tropel hácia las puertas
Todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
Y en un punto escudriñan los rincones,
Muchos por no engañarse por el tiento
Rompen y descerrajan los cajones,

Baten tapices, rimas y ornamento,
Camas de seda y ricos pabellones,
Y cuanto descubrir pueden de vista,
Que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego
Entró por el troyano alojamiento,
Sembrando frigia sangre y vivo fuego,
Talandó hasta en el último cimiento;
Cuanto de ira, venganza y furor ciego,
El bárbaro del robo no contento
Arruina, destruye, desperdicia,
Y aun no puede cumplir con su malicia.

Quién sube la escalera, y quién la baja,
Quién á la ropa y quién al cofre aguja,
Quién abre, quién desquicia y deseneaja,
Quién no deja fardel, ni baratija,
Quién contiene, quién riñe, quién baraja,
Quién alega y se mete á la partija:
Por las torres, desvanes y tejados
Aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,
Priesa y solicitud cuando fabrican
En el panal la miel con providencia,
Que á los hombres jamás lo comunican;
Ni aquel salir, entrar y diligencia
Con que las tiernas flores melifican,
Se puede comparar ni ser figura
De lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
La casa que le da cierta ventura,
Que la insaciable voluntad sedienta
Otra de mayor presa le figura:
Haciendo codiciosa y necia cuenta
Busca la incierta y deja la segura,
Y llegando el sol puesto á la posada
Se queda, por buscar mucho, sin nada.

También se roba entre ellos lo robado,
Que poca cuenta y amistad habia,
Si no se pone en salvo á buen recado,
Que allí el mayor ladrón mas adquiria:
Cuál lo saca arrastrando, cuál cargado
Va que del propio hermano no se fia:
Mas parte á ningún hombre se concede

De aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
Las guardosas hormigas avisadas,
Que á la abundante troje van y vienen,
Y andan en acarretos ocupadas,
No se impiden, estorban ni detienen,
Dan las vacías el paso á las cargadas:
Así los araucanos codiciosos
Entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, mas no espera,
Que presto pone fuego al aposento,
No aguarda que los otros salgan fuera,
Ni tiene al edificio miramiento:
La codiciosa llama de manera
Iba en tanto furor y crecimiento,
Que todo el pueblo misero se abrasa,
Corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,
Los cielos amenaza el son horrendo,
De negro humo espeso y viva llama
La infelice ciudad se va cubriendo:
Treme la tierra en torno, el fuego brama
De subir á su esfera presumiendo,
Caen de rica labor maderamientos
Resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro
Que estaba en lo poblado de la tierra,
Y adonde mas riquezas y tesoro,
Segun fama, en sus términos se encierra.
¡Oh cuántos vivirán en triste lloro
Que les fuera mejor continua guerra!
Pues es mayor miseria la pobreza
Para quien se vió en próspera riqueza.

Á quién diez, y á quién veinte, y á quién treinta
Mil ducados por año les rentara,
El mas pobre tuviera mil de renta,
De aquí ninguno dellos abajara:
La parte de Valdivia era sin cuenta
Si la ciudad en paz se sustentara,
Que en torno la cercaban ricas venas,
Fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servían
A los de la ciudad desamparada,

Sacar tanto oro en cantidad podian ,
 Que á tenerse viniera casi en nada :
 Esto que digo y la opinion perdian
 Por aflojar el brazo de la espada ,
 Ganados , heredades, ricas casas ,
 Que ya se van tornando en vivas brasas:

La grito de los bárbaros se entona ,
 No cabe el gozo dentro de sus pechos ,
 Viendo que el fuego horrible no perdona
 Hermosas cuadras ni labrados techos :
 En tanta multitud no hay tal persona
 Que en verlos no se duela así deshechos ;
 Antes suspiran , gimen y se ofenden ,
 Porque tanto del fuego se defienden.

Paréceles que es lento y espacioso ,
 Pues tanto en abrasarlos se tardaba ,
 Y maldicen al tracio proceloso
 Porque la flaca llama no esforzaba :
 Al caer de las casas sonoro
 Un terrible alarido resonaba ,
 Que junto con el humo y las centellas
 Subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado
 Que las mas altas nubes encendia ,
 Tracio con movimiento arrebatado
 Sacudiendo los árboles venia ,
 Y Vulcano , al rumor sucio y tizado ,
 Con los herreros fuelles acudia
 Que ayudaron su parte al presto fuego ;
 Y así se apoderó de todo luego.

Nunca fué de Neron el gozo tanto
 De ver en la gran Roma poderosa
 Prendido el fuego ya por cada canto ,
 Vista sola á tal hombre deleitosa :
 Ni aquello tan gran gusto le dió , cuanto
 Gusta la gente bárbara dañosa
 De ver cómo la llama se extendia ,
 Y la triste ciudad se consumia.

Era cosa de oír , dura y terrible ,
 Los estallidos y fornace estruendo ,
 El negro humo , espeso é insufrible ,
 Cual nube en aire así se va imprimiendo :
 No hay cosa reservada al fuego horrible ,

Todo en si lo convierte , resumiendo
 Los ricos edificios levantados
 En antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento
 De aquella fiera gente vengativa ,
 Aun no parando en esto el mal intento ,
 Ni planta en pié , ni cosa dejan viva :
 El incendio acabado como cuento ,
 Un mensajero con gran priesa arriba
 Del hijo de Leocan , y su embajada
 Será en el otro canto declarada.